

Desarrollar un proyecto teniendo en cuenta al niño, a su realidad de hoy y a su potencialidad de adulto del mañana, es a la vez “darle seguridad” y “darle responsabilidad”.

Actualización DEL SISTEMA PREVENTIVO PARA LOS JÓVENES EN SITUACIÓN DE EXCLUSIÓN SOCIAL



JEAN MARIE PETITCLERC es un sacerdote salesiano francés nacido en 1953 en Thiberville.

Al terminar los estudios duda entre su compromiso religioso o político. Trabaja con los menores y jóvenes en barrios periféricos, conoce su realidad y promueve talleres y actividades educativas en la Asociación Le Valdocco Argenteuil.

Conocido igualmente por sus escritos y conferencias sobre educación y acción preventiva con los jóvenes.

En 2007 es nombrado asesor de la ministra de la Vivienda y de la Ciudad para coordinar a los agentes sociales locales y ser intermediario entre el Ministerio y las Asociaciones Sociales.

¿El Sistema Preventivo de Juan Bosco sigue siendo actual para los jóvenes en dificultad de nuestras sociedades de hoy en día?

Muchos de nuestros contemporáneos dudan ante la idea de que un educador del siglo XIX, que además es un sacerdote, pueda aportar aún alguna respuesta pertinente en el plano pedagógico. Las situaciones socio-económicas de nuestros países, al alba del siglo XXI, son muy diferentes de aquellas de Turín en el siglo XIX. Y sin embargo tienen una característica común: la de una sociedad en crisis. Se pasaba en los tiempos de Don **BOSCO** de una sociedad campesina a una sociedad industrial, de una sociedad rural a una sociedad urbana, de la sociedad monárquica a la republicana. Hoy, igualmente, vivimos un periodo de crisis, marcado por importantes cambios en el plano económico, tecnológico y cultural. Entramos en una sociedad que los economistas y los sociólogos califican de post-industrial o post-moderna. Y, como en toda época de crisis social, la cuestión de la transmisión de referentes se suscita de manera crucial, y los problemas de la juventud se manifiestan de manera clamorosa, especialmente aquellos ligados a los fenómenos migratorios.

Todos estos periodos de profundos cambios están marcados por intensas turbulencias de los jóvenes que se interrogan sobre su futuro, y esto se acentúa aún más entre los más frágiles de ellos, en particular los que viven situaciones de exclusión social.

La intuición genial de D. **BOSCO**, que permanece vigente en nuestro mundo de hoy, consistió en saber interpretar los fenómenos de violencia que observaba en los barrios de Turín como síntoma de un déficit de educación.

Porque no debemos olvidar que la violencia constituye de hecho la manera más natural de gestionar el conflicto, de expresar la cólera. Lo que está muy lejos de ser natural, pero es el fruto de la educación, es la convivencia y la paz, el establecimiento de una relación respetuosa con aquel que es diferente.

El problema número uno suscitado por los jóvenes en situación de exclusión social en nuestras sociedades modernas es éste de la educación. Tal era ya la intuición de D. **BOSCO** en el siglo XIX. Recordemos las palabras que él pronunció en Lyon, durante su viaje triunfal en 1883: *“¡No tardéis en ocuparos de los jóvenes, pues en caso contrario, ellos no tardarán en ocuparse de vosotros!”*.

En períodos marcados por la incertidumbre y una pérdida de confianza en las instituciones tradicionales, la autoridad del educador se apoya no tanto en el poder sino en su credibilidad ante el joven. Ésa era la convicción de Juan **BOSCO** que funda todo su sistema preventivo sobre la calidad de la relación adulto-joven.

No olvidemos que, en efecto, lo que caracteriza, hoy como ayer, a los jóvenes en situación de exclusión social es:

- La pérdida de confianza ante los adultos.
- La angustia frente al futuro.

- Las dificultades encontradas en los procesos de socialización.

Restaurar la autoridad a través de la creación de una relación educativa basada en la confianza, permitir al joven proyectarse hacia el futuro siendo testigo de esperanza, aprender a convivir, entre los jóvenes y con los adultos, estableciendo una alianza. Éstas son las tres grandes líneas del sistema preventivo, que permanece tan pertinente en este tiempo de crisis.

Parémonos unos instantes en estas tres palabras clave de la pedagogía salesiana: la confianza, la esperanza, la alianza.

1. Una pedagogía de la confianza

Sin confianza no existe educación. Tal es el principio de base de la educación según D. **BOSCO**. Sólo la instauración de esta relación de confianza entre el joven y el educador permite fundamentar la autoridad de este último.

Todos los trabajos actuales realizados sobre el tema de la resiliencia confirman que la capacidad de cambio de un joven enganchado a conductas de riesgo, está ligada al encuentro con un adulto que ha sabido ofrecerle una mirada de confianza sin tener en cuenta su pasado.



El educador actúa de manera razonable, siempre convencido de que el joven está capacitado para razonar, de que es capaz de comprender dónde se encuentra su interés.

¿Cómo instaurar esta confianza? Juan **BOSCO**, lejos de recurrir a cualquier técnica educativa, solamente responde: *“por el cariño”*. Él es ese educador que en el s. XIX, después de todas las corrientes pedagógicas hiperracionalistas del siglo de las luces, ha rehabilitado lo afectivo en la relación educativa. De algún modo el afecto está siempre presente en toda relación humana. Por lo tanto, en lugar de negarlo en la relación educativa, él aconseja al educador conducir ese afecto al servicio de la instauración de la confianza. *“Sin afecto, no hay confianza. Sin confianza, no hay educación”*. Ése es, hoy como ayer, el mejor resumen del pensamiento educativo de Juan **BOSCO**.

Una educación fundada en la confianza, es una educación fundada en la razón. El educador actúa de manera razonable, siempre convencido de que el joven está capacitado para razonar, de que es capaz de comprender dónde se encuentra su interés. Sobre esta convicción reposa el sistema preventivo.

Cualquiera que sea el comportamiento de un joven, por absurdo e inadecuado que pueda parecerse a primera vista, sea en el campo de la delincuencia, de la toxicomanía o de otros tipos de conducta de riesgo, el joven siempre tiene sus razones para llevarlo a cabo. No digo, por supuesto, que él tenga razón, porque puede estar haciéndose mal a sí mismo y a los otros. Pero él tiene “sus” razones. Y mientras el educador no haya descifrado esas razones, su respuesta corre el riesgo de ser absurda, inadecuada o equivocada.

Hay, nos dice Juan BOSCO, dos maneras de educar a un joven: por la disuasión (método represivo) o por la persuasión (método preventivo).

Una educación fundada sobre la confianza está basada en una fe indefectible en la educabilidad del joven, cualquiera que sean sus dificultades en el momento presente.

Crear en el joven es tomar al joven en dificultad como una oportunidad de progreso para el grupo y no como un peso.

Pues, si se reflexiona bien, es siempre el joven en dificultad el que hace progresar al educador en su arte pedagógico: él nos obliga a preguntarnos, a ponernos en cuestión.

2. Una pedagogía de la esperanza

La máxima transmitida por Juan BOSCO a sus discípulos merece ser reinterpretada hoy: “*El salesiano no se queja nunca de su tiempo*”.

No se trata de quejarse, sino, por el contrario, de ayudar a los jóvenes a utilizar todas las vías de progreso para la construcción de un mundo más justo, más fraterno, más apacible.

¡Qué importante es para los tiempos que corren, enseñar al niño, al adolescente, a saber maravillarse ante la belleza, ante el progreso! Ciertamente es necesario ponerles en guardia ante las posibles



consecuencias de una mala utilización de sus descubrimientos. Pero sepamos estar atentos para que el discurso de estar vigilantes no les impida ser capaces de maravillarse ante aquello que surge.

“*Un árbol que cae hace más ruido que un bosque que crece*”, dice el proverbio africano. Es el momento, para el

ánimo de nuestros jóvenes, de no aturdirles constantemente con el ruido de los árboles que caen, amplificado por los medios de comunicación, y de saber abrirles a la belleza de la semilla que germina.

Es esta atención al proceso de germinación la que caracteriza la mirada de Juan BOSCO sobre el joven.

La historia de la semilla, llamada a convertirse en un gran árbol, es, sin duda, la parábola más bella jamás escrita sobre la educación.

Existen tres categorías de hombres y de mujeres en su relación con la semilla. En primer lugar, están aquellos que no ven en la semilla nada más que la semilla (*¡reconozcamos que la perspectiva es limitada!*) Después están aquellos que, viendo la semilla, no hacen más que soñar con el árbol (pero estos grandes idealistas corren un fuerte riesgo de que, soñando, destruyan la semilla). Por último, están aquellos que ven a la vez la semilla y el árbol. Éstos están, por lo tanto, atentos al terreno.

Educar, según Juan BOSCO, es ofrecer el mejor terreno que permita al joven echar raíces en la heredad familiar, social, cultural... con el fin de florecer en su novedad de sujeto.

Y es la alegría, siempre según Juan BOSCO, la que caracteriza mejor a un terreno así. Una gran parte del arte educativo consiste en saber instaurar en torno a sí un clima de paz y de alegre serenidad. Esta alegría es necesaria para el desarrollo del niño. Las infancias tristes nos condenan. Me parece que la alegría es el componente esencial del clima educativo

salesiano. Pero se trata siempre no tanto de una conquista (nada suena más falso que las actitudes de aquellos que están alegres por obligación) sino de un fruto: la alegría aparece siempre sobreabundante en aquellos que viven en la verdad y en el amor.

Ver en el joven al mismo tiempo al niño que todavía es y al adulto que está llamado a convertirse, ésa es la mirada que Juan BOSCO tiene sobre el joven.

Desarrollar un proyecto teniendo en cuenta al niño, a su realidad de hoy y a su potencialidad de adulto del mañana, es a la vez “*darle seguridad*” y “*darle responsabilidad*”. El arte del pedagogo salesiano reside en la sana articulación entre estas dos líneas de fuerza.

¡El mayor sufrimiento de los jóvenes en situación de exclusión social es su falta de seguridad! Los barrios donde hay una mayor inseguridad son aquellos en donde los jóvenes están más inseguros en cuanto a su futuro.

Dar seguridad... Es saber expresar el carácter incondicional del afecto que nos une al joven... Es también ser garante de un universo de reglas, que se mantienen válidas a pesar de las tentativas de trasgresión adolescente...

Dar seguridad es, en fin, ayudar al joven a fijar en su memoria el éxito.

El drama de muchos jóvenes que huyen de la escuela es que la institución no les enseña nada más que a memorizar sus fracasos. Y esto engendra la pérdida de confianza en sí mismo y esta pérdida de confianza en sí mismo genera la repetición del fracaso.

Recordemos que lo importante en términos de educación, especialmente cuando se trata de jóvenes con carencias afectivas, no es la intención que se pone en el gesto o en la palabra, sino la manera en que éstos son percibidos por el joven.

No se puede romper esta espiral más que introduciendo en ella el éxito: se trata de apoyarse siempre en las habilidades del joven, de orientar siempre los proyectores hacia aquello que ha logrado, invitándole a progresar.

Dar seguridad, pero también, responsabilizar... pues solamente ejerciendo responsabilidades se aprende a ser responsable. Muchos adolescentes padecen hoy el no poder ejercer ninguna responsabilidad en nuestras sociedades, y esto es especialmente cierto para los jóvenes en situación de exclusión social. *¡No nos extrañemos pues de sus comportamientos de huida! El drama más grande de la exclusión social reside en el sentimiento de inutilidad social que genera. Aquello de lo que más necesidad tiene un gran número de estos jóvenes no es tanto de encontrarse con adultos que les ofrezcan su ayuda, sino de adultos capaces de decirles: “yo tengo necesidad de ti.”*

Juan BOSCO, desde el inicio de su obra, tuvo la idea de dar responsabilidad a los jóvenes, especialmente en relación a otros jóvenes.

3. Una pedagogía de la alianza

En un mundo marcado por la dificultad de vivir juntos entre los jóve-

nes y de la relación intergeneracional, D. BOSCO preconiza una pedagogía de la alianza. No se trata de hacer para, sino con el joven, considerado no solamente como destinatario, sino como aliado en la acción educativa. “*Sin vuestra ayuda, yo no puedo hacer nada*”. “*Tengo necesidad de que nos pongamos de acuerdo...*”. Estas fórmulas se repiten frecuentemente en sus palabras de buenas noches.

El establecimiento de esta relación de alianza con el joven necesita un buen posicionamiento por parte del educador. Debe estar suficientemente próximo para no ser indiferente y suficientemente distanciado para ser diferenciado.

El arte educativo consiste esencialmente en encontrar ese punto de adecuada distancia y proximidad. Pero, una gran dificultad en la educación —por eso me parece descubrir en ella mucho más de arte que de ciencia— es que, este punto de la justa distancia y proximidad que hay que establecer con los jóvenes, depende de cada uno de ellos.

Y recordemos que lo importante en términos de educación, especialmente cuando se trata de jóvenes con carencias afectivas, no es la intención que se pone en el gesto o en la palabra, sino la manera en que



éstos son percibidos por el joven, lo que implica siempre una gran prudencia por parte del educador.

Es lo que a Juan BOSCO le gustaba repetir a sus educadores: *“Lo importante no es que los jóvenes sean amados, sino que se den cuenta de que son amados”*. Dicho de otra manera, lo esencial reside siempre en la percepción del joven.

Este gran educador, calificado en la tradición eclesial como *“Padre y Maestro de la Juventud”*, nos ha sido presentado con frecuencia, en la imaginación popular, con los rasgos de un equilibrista. He necesitado algún tiempo para comprender la importancia de esta imagen. Ciertamente evoca el hecho de que, siendo preadolescente, al pequeño Juan le gustaba jugar como saltimbanquí para reunir a sus amigos.

Pero tiene también una explicación más simbólica: el arte de educar, ¿no es un poco el arte del equilibrista? Saber decir sí, saber decir no; estar suficientemente próximo y a la vez suficientemente distante. Todo es siempre cuestión de equilibrio.

Se trata de hacer alianza con el joven pero también con el grupo de jóvenes. Vivir el grupo, él también, como una oportunidad para el proceso de socialización.

Ante el grupo, el educador tiene a veces la tendencia de percibir en él solamente una suma de relaciones individuales, cuando de lo que se trata es de poner en juego la interactividad de los miembros del grupo entre sí.

Juan BOSCO, con sus innegables dotes de comediante, sabía hacer del grupo un aliado. Y sabía ver en la

dinámica del grupo, no un peso, sino un instrumento para el desarrollo de la responsabilidad de unos respecto a los otros. Pensemos particularmente en la herencia de las compañías.

CONCLUSIÓN

La palabra final será una palabra prestada. Escuchemos a Jean Duvallet, antiguo compañero del Abbé Pierre, dirigiéndose a los jóvenes salesianos:

“Vosotros tenéis obras, colegios, casas... , pero no tenéis más que un único tesoro: la pedagogía de Juan BOSCO. Podéis perder todo lo demás, no son más que medios. Pero esa pedagogía, conservadla.

Veinte años de ministerio dedicado a la reeducación me obligan a decirlo: Sois responsables de este tesoro.

En un mundo en el que el hombre y el joven son machacados, disecados, triturados, clasificados, psicoanalizados, en donde los niños y los hombres sirven de cobayas y de materia prima, el Señor os ha confiado una pedagogía en donde prima el respeto al niño, a su grandeza y a su debilidad, a su dignidad de hijo de Dios.

Guardadla, renovada, rejuvenecida, enriquecida con los descubrimientos modernos, adaptada a los muchachos maltratados de un modo que Juan BOSCO nunca vió.

Pero guardadla.

Cambiad todo, perded vuestras casas, ¡qué importa!

Pero guardadnos, resonando en millares de corazones, el modo que tuvo Juan BOSCO de amar y de salvar a los muchachos”.

